

te de su madre, víctima de los desafueros de un tirano.

El amor y las lágrimas de Carolina, no fueron capaces de retraer á su pundonoroso marido, y queriendo este que estuviera menos afligida durante su arriesgada ausencia, habia tenido intencion de dejarla en compañía de sus padres.

Doña Úrsula, poseida de un frenético entusiasmo, rodeada de mil urgencias, que, como ella decía, exigia la patria en peligro, no estaba para dar consuelos á su afligida hija, y el pobre don Nicomedes, encerrado en su cuarto, acurrucado entre sábanas, con los meñiques en los oídos para no oír las descargas, y sufriendo agudos dolores de vientre, tampoco se hallaba en disposición de consolar á Carolina.

En tan apurado trance habíasele ocurrido á Manuel, que en ninguna parte estaria mejor Carolina que en compañía de su hermana, idea que aceptó con mucho placer la interesada, y ambos se habian dirigido á la calle de Toledo donde vivia la marquesa de Bellaflor.

Es inútil advertir que Manuel llevaba su correspondiente fusil, sable, cartuchera, y buena provision de cartuchos.



CAPITULO XXXIX.

EL 19 DE JULIO.

Hemos ponderado en el anterior capítulo la tranquilidad de la noche que precedió al verdadero triunfo del pueblo; mas ¡ay! que en medio de aquella misteriosa calma ocurrían escenas espantosas á las cuales no nos atreveríamos á dar crédito, porque nos parece imposible puedan acontecer en una nacion culta, y no queriendo cargar con la responsabilidad de referir actos atroces que rechaza nuestra conciencia; trasladaremos á nuestros lectores uno de ellos tal como se relata en una reseña de los heróicos hechos del pueblo de Madrid en las jornadas de julio por UN HIJO DEL PUEBLO, con los juiciosos comentarios que le siguen. Dice así:

«Al oscurecer habia cesado enteramente el fuego, pero la tropa y el pueblo ocupaban respectivamente sus posiciones, lo que significaba que la lucha estaba suspendida durante las tinieblas, pero no terminada.

La opinion pública sostenia á los defensores del pueblo, y para

que estos no pudiesen ser sorprendidos, los balcones se iluminaron espontáneamente.

¡Terrible iluminacion, destinada esclusivamente á alumbrar un combate fratricida de españoles contra españoles, de libres contra esclavos!

Era tambien de notar que á pesar de ser general la iluminacion las calles ocupadas por la tropa estaban completamente oscuras, como si el vecindario no hubiera querido ser cómplice ni en la mas pequeña parte de los asesinatos que se practicaban á pesar de la oscuridad sobre transeuntes desarmados y descuidados, alumbrando á las víctimas para que los asesinos pudiesen hacer cómodamente la puntería.

Y no se nos diga que exageramos: durante aquella noche de horror, en medio de cuyo silencio no se oia otra cosa que los alertas de los centinelas del pueblo y el ruido de los picos de los que desempedaban para construir barricadas, preparándose á la lucha del dia siguiente; en medio de aquel lúgubre silencio, repetimos, se escuchaba de tiempo en tiempo la detonacion de algunos disparos de fusil, después de los cuales solian oirse ayes y desesperados gritos de socorro y de agonía.

Durante mucho tiempo los vecinos de la calle de Santiago que era una de las mas tenebrosas estuvieron oyendo los gritos de socorro de un infeliz y las imprecaciones que la desesperacion le arrancaba al ver que no era socorrido.

¿Y cómo habia de socorrérsele, cuando ir á su socorro era ir á la muerte de una manera inútil?

Los que sin peligro pudieran haberle socorrido, esto es, los autores del asesinato, se gozaban sin duda en su agonía, aumentando su feroz borrachera de sangre con libaciones de aguardiente.

La calle de Santiago estaba enfilada por la avanzada de Palacio situada en la casa del duque de Ahumada, y en aquella casa no habia mas que polizontes y guardias civiles.

El desdichado herido no podia, pues, esperar socorro: negábaselo de una parte la inminencia del peligro para los vecinos, de otra la ferocidad de la canalla mercenaria que ocupaba la casa del duque de Ahumada.

La voz que pedia socorro, que lloraba, que maldecia y que se dirigia á Dios á un tiempo mismo, fué apagándose lentamente hasta que cesó del todo.

Los vecinos de la calle habian apurado el horror de una hora de agonía.

Al dia siguiente los vecinos vieron un pedazo de cráneo humano junto á una esquina, y al medio de la calle un lago de sangre coagulada.

¿Quién habia recogido los cadáveres, dejando como testimonio de ellos aquellos mismos despojos?

Cada vez que recordamos estos lúgubres detalles, nos convencemos de que, por mas que queramos ser indulgentes, no tiene disculpa el ministerio de las cuarenta y ocho horas.

El mismo Gándara en su manifiesto publicado mucho después de aquellos acontecimientos, confiesa que ya en la calle de Atocha comprendió que los que se batian con tanto valor no eran hombres pagados para un motin: confiesa que vió ante sí la revolucion sostenida por el pueblo.

Gándara lo conoció, á pesar de su corage, y lo mismo debió conocerlo el ministerio: lo repetimos, aquellos hombres no tienen disculpa ni en la tierra ni en el cielo; ellos aceptaron mucha parte de aquella sangre que ha caido sobre sus cabezas, porque una de

dos, ó tenían poder para retirar á la tropa, y regularizar la revolucion, ó no lo tenían: en el primer caso, aceptaron el combate poniéndose de parte de los enemigos de la patria, y son traidores: en el segundo, tuvieron miedo: no supieron salir del compromiso, sin doblegarse á las circunstancias, y son cobardes.

Hombres de corazon y de virtud hubieran obrado con mas energía: hubieran evitado con todas sus fuerzas el descrédito, y que llegase el caso de que la opinion pública los hubiese perdonado, por desprecio.

Claro estaba para todo el mundo el objeto de tan tenaz resistencia por parte de la córte: se queria forzar á todo trance la situacion: todos los que habian medrado ó satisfecho sus vicios y su impureza bajo el amparo del gobierno arbitrario y ladron de los polacos, sabian demasiado que solo estos podrian tolerar sus vicios y su ambicion, y que jamás volverian los polacos si eran arrojados.

El despotismo, el peor de los despotismos, el de la corrupcion, luchaba brazo á brazo con la libertad, con la dignidad nacional, y todo lo temia de su triunfo.

Nunca la reina ha estado mas rodeada de traidores y de asesinatos: nunca el trono español se ha visto mas combatido ni mas vacilante: gracias á la sensatez y á la generosidad del pueblo, y de un manifesto milagro de Dios, se han librado el trono y el pais de un sacudimiento horroroso.

La opinion pública, como hemos dicho ya, se declaraba á cada momento mas en favor de la insurreccion: sabíase que si los polacos triunfaban del pueblo de Madrid, ese triunfo les hubiera dado un gran prestigio de poder en las provincias: acaso les aseguraba en el mando: meditábanse con horror las consecuencias de la derrota del pueblo: venganzas monstruosas, represalias infames, acaso el

golpe de Estado que tantas veces se habia meditado y que no se habian atrevido á dar: cuando se pensaba en que podian triunfar por un momento de debilidad ó de descuido del pueblo los bandidos públicos, se cerraban los ojos á las consecuencias para no medir su horror: el guante estaba aceptado, ya habia corrido sangre, era necesario morir ó triunfar, no habia medio: ó ellos ó nosotros: esto lo comprendia la opinion pública, lo creia irremediable, y el vecindario en masa, por simpatía y por interés se apresuraba á prestar á los combatientes del pueblo cuantos recursos son imaginables: alimento, dinero, licores, pólvora, plomo: las manos mas bellas y mas delicadas se ocupaban en hacer hilas y cartuchos.»

Con el horrible silencio de la noche desapareció por fin aquella fatídica y sepulcral *tranquilidad*, reproduciéndose el fuego de una manera ya general y nutrida, porque en todas las calles de Madrid se habian construido barricadas y era el vecindario entero el que si no luchaba por falta de armas, alentaba á los valientes defensores de su libertad, y todos se afanaban por contribuir en lo posible al triunfo de la revolucion.

El mortífero plomo se cruzaba de nuevo entre la Carrera de San Gerónimo y las barricadas de las Cuatro Calles y la de Sevilla, así como entre las de las calles de Alcalá y Montera y el Principal de la tropa.

Las barricadas de la Carrera de San Gerónimo y de la calle de la Cruz habian empeñado una terrible lucha con los guardias civiles que se habian posesionado del Casino, y en este mortífero fuego, distinguieronse por su intrepidez y la serenidad é inteligencia con que supieron tomar acertadísimas precauciones, los dueños de los cafés de las Cuatro Naciones y de las Cuatro Calles, Fornos y García.

Conforme avanzaba el día iba generalizándose el fuego ya extendido á la calle del Prado, donde algunas compañías de zapadores habian tomado posesion de varias casas, y desde sus balcones hostilizaban á los defensores de otra barricada construida en la calle del Príncipe.

En este parapeto hicieron prodigios de valor tres hijos del pueblo, y queriendo el señor Fornos auxiliar á estos valientes, fué herido por una bala en el costado derecho, y tuvo que retirarse; pero hecha la primera cura, presentóse de nuevo en su puesto y continuó batiéndose con mas aliento que nunca.

La lucha en aquel punto llegó á ser tan imponente y tan nutrido el fuego, que apenas sonaba el estallido de una descarga sin que cayesen dos ó tres combatientes á la vez. Entrambas partes experimentaron sensibles pérdidas.

No tardó en romperse el fuego en la calle del Prado, donde á los primeros tiros cayó herido un dependiente de la empresa *la Electricidad*, llamado José Cortquera.

A las once de la mañana habíase generalizado ya el fuego en aquel distrito prolongándose hasta la calle del Leon y de las Huertas, donde los denodados madrileños improvisaron una nueva barricada con los escombros de un derribo, y como los trabajos se hacian á pecho descubierto, experimentaron muchas bajas los intrépidos defensores de la libertad.

Esta barricada construida bajo el fuego enemigo por la cuadrilla de toreros del célebre y simpático Francisco Arjona y Guillen, mas conocido por Curro Cúchares, fué exclusivamente defendida por ellos, y tanto Curro, como todos sus compañeros se portaron con notable bizarría, sosteniendo un fuego nutridísimo contra el enemigo hasta obligarle á abandonar su posicion.

Enumerar cada una de las defensas, cada acto de heroismo de los que se consumaron en tan gloriosa jornada, seria empresa difícil en demasía; baste decir que fué la mas sangrienta de las tres de la memorable revolucion de julio.

¿Y por qué sucedia esto cuando ya el sosiego de la noche anterior y las proezas del pueblo durante el día 18 habian hecho creer que todo estaba terminado, y que no le quedaba á la *camarilla* la mas leve esperanza de triunfo?

Precisamente porque no les halagaba ya esperanza alguna, eran desesperados los esfuerzos que hacian los opresores, quienes no podian conformarse con la idea de renunciar á una sangrienta venganza; y toda vez que les era imposible el triunfo, se gozaban en el derramamiento de sangre; querian que su caída costase lágrimas al país, como las habia costado su advenimiento al poder y su detestable dominacion.

Ya hemos manifestado nuestra opinion acerca del general Córdova, principal héroe de estas hazañas, y hemos tenido la fortuna de estar de acuerdo con todos los historiadores de aquellos lamentables sucesos.

Para probar la verdad de este aserto, cumpliria á nuestro propósito consignar en estas páginas la opinion de cuantos han escrito sobre este punto; pero toda vez que hay entera homogeneidad en las apreciaciones que se han hecho de su conducta, nos limitaremos á copiar los siguientes comentarios que de ella ha hecho el autor de *Las jornadas de julio*. Dice así:

«Por mas que hizo Córdova no pudo asociar á sí ningun general, ninguna persona de significacion política, (1) y sin que esto le sirviese de saludable desengaño se empeñó en el lance mas y mas

(1) ¡Qué vergüenza, qué baldon para el ministerio de las cuarenta y ocho horas!

resuelto á no ceder, sino cuando no le quedase ningun medio de resistencia.

Conociólo esto el pueblo, y firme tambien por su parte en su propósito de no dejar las armas hasta que estuviese asegurado su triunfo, estrechó mas y mas su círculo de barricadas sobre los puestos enemigos, y redobló sus ataques con una valentía y un heroísmo que sus mismos enemigos no han podido menos de reconocer.

Córdoba esperaba que la falta de dinero y de municiones redujera al pueblo: pero el vecindario atendió con suma solicitud á las necesidades de los combatientes, y en cuanto á municiones, algunos valientes paisanos habian tenido la fortuna de encontrar en el camino de Fuencarral un carro de ellas y la bravura suficiente para apoderarse de él á pesar de su escolta.

Este contratiempo hizo mas comprometida y difícil la situacion de la tropa, á quien faltaban además subsistencias.

Córdoba rompió por todo para dar pan al soldado.

El general Mata y Alós, director del cuerpo de Administracion militar y comandante en gefe del cuartel general de Buena-Vista y Prado, habia hecho amasar pan en las tahonas del Pósito y destacado un escuadron provisional formado con los rezagados que habian quedado en Madrid después de la salida de la caballería con el general Dulce en el mes de junio, á buscar pan por los pueblos inmediatos y conducirlo á la córte.

Estas provisiones se pagaban en el momento y á buen precio por las cajas de la pagaduría militar; además se ocuparon todos los comestibles de las tiendas inmediatas á las posiciones de la tropa, y de esta manera costosa y abusiva pudo salir Córdoba á medias del apuro del mantenimiento del soldado.

Otra de las dificultades insuperables que encontró Córdoba fué la de concentrar las tropas en puntos estratégicos, puesto que aquellas eran necesarias en los cuarteles de Santa Isabel, San Francisco, San Martín, el Soldado, San Mateo, Guardias de Corps y el Pósito, porque en todos estos cuarteles habia fondos y armas hasta el número de 4000, y era necesario custodiarlas para que de ellas no se apoderase el pueblo.

Invertíase además considerable número de soldados en la custodia de las cárceles, del Banco y de otros establecimientos en que era necesaria la presencia de la fuerza.

Parecia que la Providencia intervenia, estableciendo dificultades para que la lucha no se prolongase, y con ella la efusion de sangre.

Otro general, otro hombre que Córdoba, y no queremos citar de nuevo á los hombres que con aquel constituian el gobierno, porque eran nulos como poder, hubieran al fin cedido y apelado al único medio que le quedaba para suspender el fuego, dejar el puesto y aconsejar á S. M. como leal y caballero, el nombramiento para presidente del Consejo de ministros, con encargo de formar un nuevo gabinete á una persona que fuese á propósito por su popularidad, para inspirar confianza al pueblo armado.

Córdoba, por el contrario, se propuso aprovechar el tiempo hasta donde le fuese posible, alentando la dudosa esperanza de que llegasen á tiempo para asesinar al pueblo las tropas que de todas partes habia mandado se concentrasen sobre la capital.

El temor de que esto aconteciese, aconsejaba al pueblo apurar los medios de ataque de una manera enérgica, con una actividad incansable, con un valor á toda prueba.

¡Cuánta sangre derramada por la tenacidad de un solo hom-

bre, ó mejor dicho por la impura ambicion de una mujer!

El ministerio polaco derribado, la reina Cristina, toda la gente *non sancta*, en fin, que tenian sobrados motivos para temer las iras del pueblo, estaban encerrados en palacio; el pueblo lo sabia, y su propósito era, ya que no atacar al palacio por respeto á la reina, circumbalarle, estrecharle, rendirle, apoderarse de las cabezas sentenciadas por la opinion pública, y dar al mundo y á la historia uno de esos terribles ejemplos que no debian dejar de tener presentes siempre en la memoria, aquellos que son llamados á gobernar un pueblo que sabe serlo.

Por lo tanto el principal cuidado de Córdoba era, no solo cubrir las avenidas de aquel refugio de traidores, sino de impedir que sus avanzadas fuesen atacadas por el pueblo: los combates que en distintos puntos de Madrid se sostenian de una manera encarnizada no tenian otro objeto que entretener al pueblo en combates inútiles, lejos del punto que se tenia mas interés en guardar; por lo mismo se acosaba á los patriotas en sus posiciones, se lanzaba al soldado delante de ellas á la muerte, y todo era sangre del pueblo que se vertia para impedir que el castigo de sus crímenes cayese sobre la cabeza de algunos infames.»

Córdoba, en su *Memoria sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de julio de 1854*, confiesa que LA REVOLUCION ESTABA HECHA EN LOS ÁNIMOS DE TODOS, QUE LA OPINION ERA UNIVERSAL CONTRA EL GOBIERNO DIMISIONARIO, y sin embargo hace alarde de su resistencia al movimiento popular y se vana-gloria de haber hecho armas contra el pueblo.

Oigamos sus propias palabras:

«La verdad es, que la revolucion estaba hecha en los ánimos de todos, que la opinion era universal contra el gobierno dimisio-

nario, y que desde los primeros momentos en que faltó la comprension, con la desaparicion de las autoridades y agentes de las mismas, que corrieron á ocultarse del furor y de la venganza popular, todo el mundo miró con indiferencia aquella noche los actos que después condenan, cuando vueltos en sí, ven con asombro que el mal hecho alcanza á todos, y que á falta de otro á quien condenar, porque yo estaba solo, se pretende hacerme responsable de cosas que son debidas á la maldad de algunos, á la tácita aprobacion de otros y á la indiferencia del mayor número, que no corren, como se hace en todos los paises, á la defensa de la sociedad, poniéndose al lado del gobierno, siquiera se llame este el duque de la Victoria ó el general Córdoba.

En medio de la agitacion de aquella noche se publicó sin autorizacion ni conocimiento mio una *Gaceta extraordinaria*, en la cual aparecia la dimision del ministerio, insertándose los reales decretos de su admision.

Estaban estos redactados de una manera tan honorífica para los ministros dimisionarios, y eran tan exagerados los términos en que se realizaban los méritos y los servicios de los ministros, que esta *Gaceta*, que publicada en otra forma hubiera podido quizás tranquilizar un tanto los ánimos, no hizo mas que exacerbarlos, atribuyéndoseme su contenido.

Sin embargo, nada es mas cierto que el que yo no intervine para nada en aquel último acto del ministerio San Luis, que no puse mi firma en aquellos decretos, que todavía no he visto, y que nunca hubiera publicado sin el acuerdo de mis compañeros, que á aquella hora no habian jurado todavía.

A las tres y media de la madrugada el ministerio, formado de las personas que todo el mundo conoce, juró en manos de la reina

y pasó á ocuparse de las medidas que debia dar á conocer al país, pero mas especialmente al agitado vecindario de la córte, la marcha que se proponia seguir.

Dejo á los individuos de él que han merecido el honor de representarlo en las Córtes Constituyentes la tarea de dar cuenta de todos los actos políticos, y me limitaré únicamente á explicar aquellos que tienen relacion con la parte militar en los acontecimientos, siempre que sean necesarios á mi justificacion.

No se estrañe que, respetando la posicion de todos y de cada uno de mis dignísimos compañeros, y la libertad en que cada cual está de considerar los hechos, de explicarlos y comentarlos, lo haga yo con absoluta independencia por mi parte, y segun mis principios, tomando á mi cargo toda la responsabilidad de los hechos militares en su conjunto y pormenores, porque de ellos los demás ministros ni pueden ni deben responder.

Seria como la una y media de la madrugada, y por lo tanto el gobierno no estaba aun constituido, cuando, á pesar de que la guardia del palacio de la reina madre habia sido reforzada con 90 de los 270 artilleros que tenia en palacio, algunos grupos penetraron en las habitaciones, empezando á quemar su moviliario y á incendiar el edificio, poniendo en peligro las casas de particulares y pacíficos ciudadanos de la misma manzana.

EN VISTA DE ESTE NUEVO ATENTADO, NO TARDÉ EN ENVIAR LA FUERZA NECESARIA PARA REPRIMIRLO MAS TIEMPO QUE EL INDISPENSABLE PARA DESIGNARLA Y NOMBRAR AL GEFE QUE LA DEBIA MANDAR, DÁNDOLE ÓRDEN TERMINANTE DE ROMPER EL FUEGO SIN MAS DILACION QUE LA PRIMERA INTIMACION; LO CUAL SE VERIFICÓ, SALVÁNDOSE ASÍ AQUEL EDIFICIO.

Esta fuerza, después de haber despejado la plaza del Senado,

el palacio de la calle de las Rejas y las calles inmediatas, marchó rápidamente por la plaza de Santo Domingo, Costanilla de los Angeles, calle del Arenal á la Puerta del Sol, que despejó á los primeros tiros, y continuando su marcha por la Carrera de San Gerónimo, llegó á la calle de Cedaceros dispersando con una descarga á los que se ocupaban todavía en robar los efectos del señor Salamanca.

Dejando en la casa de este una pequeña fuerza, volvió á palacio, no sin haber despejado á fusilazos algunos grupos que se reunian hostilmente en lo alto de la calle de Alcalá.

Se vé pues por este sencillo, pero verídico y exacto relato, que se comprueba por diferentes documentos que tengo en mi poder, que con la corta fuerza de que yo podia disponer en palacio, después de aumentar su servicio y cubrir sus avenidas, de reforzar la casa de la calle de las Rejas, de hacer evacuar las del Gobierno político y Villa, de penetrar en la plaza Mayor á viva fuerza y evitar el incendio del palacio de la reina madre, en donde ya rompió el fuego, llegaron las tropas primero á la casa del conde de San Luis, aunque no á tiempo de evitar el mal, y despejaron con su actitud imponente y hostil la Puerta del Sol, la calle de Cedaceros y la de Alcalá.

¿En dónde está, pues, la flojedad para reprimir los excesos una vez que me fueron conocidos?

¿En dónde, en qué acto mio, en qué orden se puede presentar la prueba de que yo permitiera los escandalosos desmanes á que algunos se entregaban?

De la misma manera hubiera obrado contra los que fueron á incendiar los muebles y efectos de algunos de los demás ministros, los del señor conde de Quinto y los de mi antiguo amigo el conde